

PIERRE MICHON

*El origen
del mundo*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

I

II

III

IV

V

VI

Créditos

Notas

La tierra dormía desnuda y brusca como una
madre a quien se le hubiera caído a medias la
manta.

ANDRÉI PLATÓNOV

I

Entre Les Martres y Saint-Amand-le-Petit está la población de Castelnau, a orillas del Beune grande. A Castelnau me destinaron en 1961: supongo que también dan destino a los demonios en los Círculos de las profundidades; y, de voltereta en voltereta, van avanzando hacia el agujero del embudo de la misma forma que vamos deslizándonos nosotros hacia la jubilación. Yo aún no había caído del todo, era mi primera plaza, tenía veinte años. No hay estación en Castelnau; es un lugar perdido; unos autobuses de línea que salen por la mañana de Brive o de Périgueux lo sueltan a uno allí muy tarde, al final del trayecto. Llegué de noche, no poco atontado, en pleno galope de unas lluvias de septiembre encabritadas contra los faros, entre el golpeteo de los limpiaparabrisas de buen tamaño; no vi nada del pueblo, la lluvia era negra. Paré en Chez Hélène, que es el único hotel en el borde de la falla en cuyo fondo corre el Beune, el grande; tampoco vi el Beune esa noche, pero por la ventana de mi habitación, asomado a la oscuridad más opaca, intuí un agujero detrás de la hostería. A la sala común se bajaba por unas escaleras de tres peldaños; tenía ese enlucido color sangre de toro que antes llamaban *rojo antiguo*; olía a salitre; algunos bebedores sentados hablaban alto, entre silencio y silencio, de disparos y de pesca con caña; se movían en una luz escasa que les ponía sombras en las paredes; alzabas la vista y, encima de la barra, te estaba mirando un zorro disecado, con la cabeza puntiaguda vuelta forzosamente hacia ti, pero con el cuerpo como si corriera siguiendo la pared, escapando. La noche, la mirada del animal, las paredes rojas, el habla ruda de aquella gente, sus palabras arcaicas, todo me transportó a un pasado indefinido que no me dio gusto alguno, sino un inconcreto espanto que se sumaba al de tener que enfrentarme pronto a unos alumnos: aquel pasado me pareció mi porvenir; aquellos pescadores turbios, unos barqueros que iban a subirme a bordo de la barca de mala muerte de la vida adulta y, en medio del agua, iban a asaltarme y a tirarme al fondo, riendo en la oscuridad entre las barbas sin edad y el dialecto torpe; luego, en cuclillas al filo del agua, sin decir palabra, les raspaban las escamas a pescados grandes. Las aguas confusas de septiembre golpeaban los cristales. Hélène era vieja y recia como la sibila de Cumas, reflexiva como ella, e igual

que ella iba aviada con harapos hermosos y tocada con una pañoleta enroscada; el brazo grueso y arremangado secaba la mesa que tenía yo delante; aquellos ademanes humildes irradiaban orgullo y un júbilo silencioso; me pregunté qué aventura la habría puesto al frente de aquella taberna roja donde reinaba, por encima de su cabeza, un zorro. Le pedí de cenar; se disculpó modestamente por tener apagados los fogones y por su edad avanzada y me sirvió una profusión de esas cosas frías que en los relatos se les pegan al riñón a los peregrinos y a la gente de armas antes de que les pase por el cuerpo el filo de una espada al cruzar un vado negrísimo y muy turbulento en cuchillas y olas. Y vino a mayor abundamiento, en un vaso tosco, para enfrentarse mejor a las turbulencias. Me comí esos malos embutidos de época remota; en la mesa de al lado iban mermando las conversaciones y las cabezas se arrimaban entre sí, con el peso del sueño o el recuerdo de los animales alcanzados en pleno salto y moribundos; aquellos hombres eran jóvenes, su sueño y sus cazas eran antiguos como las fabulillas medievales. Esos bandidos valacos se calaron por fin los gorros; helos ya de pie; y se alejaron denodadamente, metidos en chubasqueros de hule más negros que la tinta cuyas arrugas cuarteadas relucían, camino de su tarea oscura de barqueros, de durmientes; uno de ellos remataba aquella cota nocturna y estrellada con un rostro fino y afilado que volvió hacia mí; me lanzó una sonrisa cómplice o apiadada en la que brotaron unos dientes blancos. Se oyó arrancar unas motocicletas. La noche, por la puerta que se había quedado abierta, era turbia, inmóvil: la lluvia galopaba por otra parte, ahora había niebla. «Es Juan el Pescador», dijo Héléne, moviendo brevemente la cabeza hacia aquella niebla donde echaban a correr unos motores quebradizos; era un ademán tan inconcreto que lo mismo podría haberse referido a la niebla. Sonreía. Las arrugas en aquella sonrisa se le ordenaban maravillosamente. Cerró la puerta, hurgó en unos interruptores, todo se apagó, según me levantaba ya estaba dormido, me hallaba en cualquier parte, en comarcas donde los zorros pasan en los sueños; y, en el corazón de la niebla, unos peces que no vemos saltan fuera del agua y vuelven a caer con un ruido mate en lo más hondo del Dordoña, es decir, en ninguna parte, en Valaquia.

Estuvo lloviendo todo el mes de septiembre.

Mis alumnos no eran monstruos; eran niños que le tenían miedo a todo y se reían sin motivo. Me habían dado la clase de los pequeños, no la de los más pequeños sino el curso elemental; eran muchos cuerpecitos iguales; aprendía a nombrarlos, a reconocerlos, corriendo bajo la lluvia hacia el agujero ventoso del patio cubierto

durante los recreos, mientras yo, desde las ventanas altas, los miraba y luego, de repente, dejaba de verlos, encogidos bajo un alero, detrás del cuerpo múltiple de la lluvia y su galope desenfadado. Estaba solo en el aula. Miraba, en toda una fila de perchas de pared, sus chaquetones colgados, humeando aún de las lluvias de por la mañana, igual que se secan en un vivaque los sobretodos de un ejército enano; les ponía nombre también a esos pingos pequeños, les ponía dueño con cierta emoción. Y, por supuesto, había cuadros grandes en las paredes, con letras, con sílabas, con palabras y con frases, flanqueados de dibujos, de láminas coloreadas, toda la imaginaria ingenua que halaga las mentes infantiles, las hace picar y les cuele conjugaciones que hacen llorar con el señuelo de chiquillos gordos que hacen reír, de niñas con trenzas y de conejitos. Los niños mueven los pies cuando piensan, cuando lloran; veía debajo de las mesas los rastros de aquella danza diligente y triste, un redondel pequeño de barro; y grandes manchas de tinta en la madera de pino daban fe del mismo ritmo, de la misma devoción. Sí, todo aquello me enternecía; porque, con mis veinte años, no me pillaba tan lejos; principalmente, me estaba alejando, ya no estaba en eso.

Lo que dormía bajo el polvo, en un mueble con vitrina pegado a la pared del fondo, venía de mucho antes. Venía del siglo anterior, de la época de las barbitas puntiagudas, de la República de los Jules,¹ de aquellos tiempos en que unos curas atléticos de Périgord se arrastraban por las cuevas, remangándose la sotana, rumbo a los huesos de Adán, y en que unos maestros, también de Périgord, se arrastraban lo mismo y se manchaban de barro con unos cuantos chiquillos rumbo al hueso que demostrase que el hombre no nació de Adán; de ahí venía lo de la vitrina, como lo atestiguaban las etiquetas pegadas en todos los objetos, en que habían caligrafiado denominaciones científicas con la letra de mano primorosa característica de aquellos tiempos, la primorosa letra vanidosa y vana, redonda, recargada, ferviente, que compartían entonces los ingenuos y los modestos de ambos bandos, los que creían en las Escrituras y los que creían en el porvenir de los hombres. Pero también venía, aunque con menor derroche, de nuestro siglo, de 1920, y para entonces la caligrafía se había dejado ya unas cuantas plumas primorosas en Verdún; y de 1950, y la caligrafía se había achicharrado las alas para siempre y había caído en lluvia de cenizas y en patas de mosca en los infiernos de Polonia y Eslovaquia, en los campos célebres no lejos del campamento de Atila, aunque, si se comparaban, el campamento de Atila era una escuela de filosofía, en las llanuras de remolachas y torres de vigilancia en donde Dios y los hombres

dejaron de ser de curso legal de una vez por todas; y, pese a Verdún y las nieblas eslovacas, los maestros sin caligrafía de nuestro siglo habían seguido no obstante, heroicamente dentro de un orden, poniéndoles nombres grandes a piedras pequeñas con la fe que les quedaba, la de la costumbre, cosa que es mejor que nada; y más allá de los maestros de cualquier pelaje, venía aquello de otros hombres, que hicieron el objeto y no la etiqueta, hombres de los que no sabemos ya si creían en algo al hacerlo o si no creían en nada y lo hacían por costumbre, pero de los que se piensa con razón que no cayeron nunca tan bajo como los Círculos eslovacos. Eran piedras. Eran armas a lo que dicen; arpones, hachas, cuchillas que se parecían a esos pedruscos que el suelo escupe tras las lluvias de tormenta, y que también lo son; eran los sílex, los fabulosos silicatos a los que pusieron los nombres de aldeas perdidas y que, a cambio, cargaron a esas aldeas con una montaña de edades, excavaron por debajo infinitas catacumbas más antiguas que Micenas, más antiguas que Menfis, que el Génesis todo con todos sus difuntos, hasta tal punto que uno se pregunta a quién habla el alcalde de Les Eyzies el 11 de noviembre, con su papelito, entre el cierzo, ante el monumento a los muertos; los sílex toscos y valiosísimos a su manera como las máscaras de oro del Valle de los Reyes; más valiosos; los sílex nobles con nombres con alargaderas que, además de sus patronímicos de parroquias de Somme, de Lot, de Yonne, llevan nombres de peces y de árboles, de aves, la *Hoja de sauce* de Solutré, el *Pico de loro* de La Madeleine y el *Lenguado grande* de Saint-Acheul, el más hermoso, el más antiguo, el más perverso, astillado escama a escama, que mataba impecablemente a los bueyes. Ahí estaba aquella vitrina: como estamos a dos pasos de Lascaux, el Beune grande desemboca en el antiguo Vézère, el suelo está repleto de esas herramientas de matadero, y esas granadas en desuso, sin espoleta ya para siempre, ruedan por los arroyos, se quedan atrapadas en el hielo, asoman con las raíces de los árboles caídos y saltan de los surcos, los niños las recogen en algún camino y las llevan a la escuela bajo la capa con capucha, dentro del gorrito valaco, y con una sonrisa simpática le alargan al maestro, que es un entendido, en su mano débil, ese trozo de tinieblas. Y, tras hacerlo, se sientan, se descuelgan la cartera, se absorben mientras se frotan los pies, inclinan las trenzas o la nuca tierna hacia una tarea ingrata en la que unos conejitos les enseñan a leer; y para dar gusto a sus padres, a su maestro, y a veces a sí mismos, laboran para hacerse mayores con esas cosas tras la espalda, detrás de una vitrina con etiquetas. Así que esas piedras habían llegado rodando hasta la escuela.

la de Castelnau y esperaban el diluvio para llegar rodando a otra parte oportunamente etiquetadas ahora, para que las leyeran unos peces. Había además un cuarto de hora de tiempo que matar antes de que acabase el recreo; por la ventana más lluvia, siempre, o esa niebla con gente dentro, que Hélène había llamado Jean el Pescador; dos trencitas, allí, intentaban una salida al patio, galopaban un poco, con chillidos frioleros y entusiasmados volvían a la zona cubierta del patio; yo dejaba ahí, donde estaban, las piedras y sus conciliábulos, me sentaba al escritorio, estiraba las piernas. Me entregaba a otra devoción, a otra violencia. Pensaba en la estanquera.

El estanco estaba bajo los soportales antiguos, donde ponían la feria, que es la plaza de Castelnau, con los comercios. Entré poco tiempo después de llegar, a la salida de clase, a última hora de la tarde. Y, claro, llovía, y tenía el pelo chorreando; el local estaba vacío. Miré descuidadamente el expositor giratorio de las tarjetas postales, el lobo solitario de Font-de-Gaume y las vacas grandes de Lascaux; los bisontes, tan redondos; y esas mujeres pasmosas de la misma época a las que llaman Venus, con nalgas desmedidas, con un cuello largo y delgado. Venden esas figuras por toda la comarca. Entre todo ese zoo, ese harén, me hizo detenerme un momento una imagen insólita: era la reproducción de una estatuilla polícroma, de escayola seguramente, de pobre factura, que representaba a un monje, de hábito y desplomado contra un tocón de árbol al que lo clavaban de parte a parte unas flechas largas; le colgaba la cabeza tonsurada, el hombre estaba muerto. Le di la vuelta a la tarjeta y leí que era el beato Jean-Gabriel Perboyre, un jesuita a quien habían sometido a tormento los chinos allá por 1650, nativo de Castelnau. Aunque resultaba un poco ridículo, el porte desmayado de la cabeza le daba un aspecto conmovedor, y una resignación, un agobio quizá, que encajaban mal con un santo, por muy muerto que estuviera. Oí repiquetear unos tacones; me volví y ella estaba detrás del mostrador. La veía de medio cuerpo para arriba. Llevaba los brazos al aire.

No creo en las bellezas que se van revelando poco a poco, a poco que nos las inventemos; sólo me importan las apariciones. Ésta me puso al instante pensamientos abominables en la sangre. Decir que era un bocado soberbio es poco. Era alta y blanca, era leche. Era algo amplio y copioso como las huríes en las Alturas; anchuroso, pero estrangulado, con la cintura apretada; si los animales tienen una mirada que no desmiente sus cuerpos, era un animal; si las reinas tienen una forma propia de llevar erguida en la columna del cuello una cabeza plena pero pura, clemente pero fatal, era la reina.

Aquel rostro regio iba desnudo como un vientre; y, en él, esos ojos muy claros que tienen, milagrosamente, las morenas de piel blanca, esa índole rubia secreta bajo el pelo de ala de cuervo, ese enigma que nada, si por azar posees a esas mujeres, ni los vestidos remangados ni los gritos, resuelve. Tenía entre treinta y cuarenta años. Todo en ella era conocimiento del placer, ese mismo, desde luego, en que suele pensarse, pero también ese otro que dispensaba a todos, a sí misma y a nada cuando estaba sola y dejaba de verse, sólo con apoyar las yemas de los dedos, volviendo un poco la cabeza, y entonces los discos de oro que llevaba en las orejas le tocaban la mejilla, mientras te miraba o miraba hacia otro lado, y aquel placer era agudo como una herida; lo sabía; lo llevaba con valor y con pasión. Bien está, no es posible hablar de ello; no, no es nada nacido de la arcilla: es como el latido furioso de miles de alas, en tempestad, y, no obstante, no existe materia más plana, más grávida, más ensartada en su peso. El peso de ese medio cuerpo, grácil en resumidas cuentas pese al acampanamiento de los pechos, era considerable. Unos paquetes de cigarrillos, bien colocados detrás de ella, la aureolaban. No le veía la falda, pero estaba sin embargo allí, detrás del mostrador desmesurado, imposible de levantar. La lluvia brusca, fuera, azotaba los cristales: la oía crepitar en aquella carne intacta.

Me seguía chorreando el pelo por la frente. Aquella mujer, con los labios algo entreabiertos, benevolente y apenas extrañada, observaba pacientemente mi silencio. Estaba a la espera de lo que quisiera yo. Hablé en un sueño, pero con voz clara pese a todo. Se volvió, se le vio la axila cuando alzó el brazo hacia sus estantes, y la mano franca, suavísima, ensortijada, se me abrió ante los ojos llevando en la palma el paquete rojo y blanco de Marlboro. Rocé aquello al coger el paquete. Quizá para ver de nuevo ese gesto, la moneda en la palma, las uñas pintadas, juntándose y desmadejándose, compré también el santo herido de flechas de la postal. Me sonreía abiertamente. «¿Quiere un sobre?», dijo. Claro que quería un sobre. La voz también era generosa, las palabras llegaban como un don. Una vez más el brazo bajó, la mano asió, los discos de oro acariciaron la mejilla. Cuando salí, estaba la escampada engendrándose; los adoquines amarillos relucían, había dejado de llover. Por la cuesta hacia casa de Hélène, hacia el Beune grande, salió el sol, el cielo se abrió y los árboles rubios tomaron impulso; yo tenía en la garganta y en los oídos algo plañidero, poderoso como ese grito interminable, pero cortado en seco, modulado, colmado de lágrimas y de deseo invencible, que hace asomar de gargantas nocturnas, encadenadas, curiosamente libres, la palabra *honey* en los blues. En

la sala, en casa de Hélène, el sol se ponía más allá del Beune y otras nubes, muy negras, se agachaban como sirvientas y venían; el amor que mueve las estrellas emocionaba a las estrellas, allá detrás, las pintaba de afeites, las adornaba como a unas Esther, las desnudaba para que, muy blancas, apareciesen dentro de un momento; unos rayos de luz le acariciaban el pelaje rojizo al zorro; unos niños en el campo veían relucir un pedrusco rejuvenecido y era un bifaz que me traerían mañana con algo parecido al amor; allá arriba, en la plaza, la estanquera se estremecía con las fiestas brutales de la noche, quizá le temblaba fugazmente la mano en un paquete de Marlboro, la falda le acariciaba los muslos. *Honey* cuando está bajando el sol, cuando llega la noche, cuando las mujeres tienen el alma desnuda como la mano.

¿Me atrevía a pensar que podría ser mía? Sí, desde luego, y rabiosamente, pero sólo mediante un milagro, no mucho más asombroso, bien pensado, que ese que permitía que existiera ella en Castelnau y que hacía nacer paquetes de Marlboro de una mano divina. Yo estaba en esa edad en que creemos que no tenemos nada que dar, nada que pueda darse a cambio de tantas riquezas, los muslos y los pechos, los discos de oro y el grito de la falda, nada, y desde luego no esa cosa extravagante que nos crece de forma magistral del vientre. Y además yo pertenecía a esas generaciones absurdas, sobrecargadas de trabas, que se imaginan que a las mujeres les viene deseo por nosotros so capa de que podamos hablarles de cosas señaladas o muy serias, las artes frívolas o las bellas artes, la política, el revoltillo del viento que sopla en cada momento; o, si no se les puede hablar de todo eso, hay que dejarles claro al menos que nada de ello tiene secretos para nosotros. Yo era de físico agraciado sin embargo, agradable sin duda, y eso que me crecía del vientre era más que suficiente para convencerla, o, más bien, lo habría sido, ya lo veremos, si hubiera tenido ella, como suele decirse, el corazón libre. Así que no intenté nada, no tuve más ademán hacia esa mano que el de recoger el paquete rojo y blanco; pero me daba importancia comprando *Le Monde*, que no leía —en el estanco también vendían diarios— y cuyos ejemplares se amontonaban en mi habitación, más arriba del hondo agujero inculto del Beune; y ella desde luego no veía en eso nada para darse importancia y le importaba un carajo. Iba todos los días a la tienda, lo que quedaba de sobra justificado con mi pasión verdadera por el tabaco y mi pasión fingida por los periódicos indigestos: cruzábamos unas cuantas palabras, me daba su sonrisa y la calidez de su voz; era paciente; le crujía la falda, a veces le veía las piernas, siempre iba de tacón alto.

II

Había notado que, muchas veces, los domingos y por las tardes, se iba a pie por la carretera de Les Martres, siempre de tacones altos hiciera el tiempo que hiciera, muy arreglada, y volvía mucho después, o no volvía, a menos que hubiese tomado un desvío que no conociera yo. Yo me preguntaba poco qué iba a hacer en aquel lugar: el cielo me la daba y verla allí me bastaba. No tardó esa carretera en convertirse en mi pasión. Había prados grandes y nogales sombríos a la salida del pueblo y, más allá, bosques que recorrían múltiples senderos que llevaban a aldeas; y todo ello iba siguiendo el borde de la falla, era la zona de las cuevas muy empinadas a veces, y había algunos escondrijos detrás de algunos desprendimientos, hondonadas desde donde sólo se veía el cielo, paradas secretas bajo unas hayas. Allí, las tardes de festivos, bajo la lluvia las más de las veces, hacía yo como que tomaba el aire y sentía mucho interés por las hierbas o las piedras –los maestros tienen fantasías de ésas y libertades así–, pero andaba rondando por los caminos y la esperaba, envarado, crispado en una tensión dolorosa con la que me latía, como en la sangre misma, una mujer acicalada, desnuda luego, vestida de nuevo en el acto y desnuda, un ritmo de nailons, de oro y de piel, mil sedas batiendo esa carne de seda. En disposición tal, me llegaba al Beune; miraba cómo acarreamos abajo, en su agujero, agua sucia bajo un cielo sucio, donde peces invisibles desovaban con ojos muy abiertos y taciturnos: qué hermoso era no obstante el mundo aquel en que unos nailons podían colmarme la imaginación y dejarla al desnudo al dejar al desnudo una carne soñada. Volvía a meterme bajo los árboles. Me quedaba parado de repente; me imaginaba su boca; me imaginaba sus pechos; si pensaba en la parte baja de la espalda tiritaba picando más arriba de la mayor concupiscencia. Si te ve, me decía, a lo mejor deja caer hacia atrás la cabeza sin decir palabra, tiritita como tirititas tú, te agarra por donde quieres agarrarla tú y, cogiéndose la falda con las manos, se entrega ahí mismo, arrimada a ese chopo, en esos charcos donde se le habrán caído los discos de oro, donde heñirán sus manos, donde verás la imagen de sus pechos; y, más agitada que un árbol al viento, sus voces derribadas boca arriba espantarán a los cuervos. Me fallaba el corazón. Oía un ruido, adoptaba el porte del paseante

absorto, sólo era un animal que salía corriendo; y, otras veces, allí estaba ella, venía por entre las frondas y el barro, con aquellos tacones altos y aquel maquillaje impecable, aquel talle, con guantes a veces, con las manos en los bolsillos de la gabardina, con la cabeza erguida, aquella reina, y se detenía a mi altura, y me decía con mucha simpatía que fumaba demasiado; yo respondía según el mismo guión, caía en su sonrisa, quería conservar aquella gota de lluvia prendida en el tenue vello de la mejilla, que titubeaba, que resbalaba. El morado de sus ojeras me desgarraba, su perfume en el bosque me crecía en el vientre. Se alejaba, la falda le susurraba más alto que los árboles, los tacones perforaban las hojas caídas. La gabardina, que tensaban las manos metidas en los bolsillos, se acampaba a la altura de las nalgas. Yo me asfixiaba de bestialidad. El mundo era una carne blanca, un bocado soberbio. No atravesaban a Jean-Gabriel Perboyre flechas más abrasadoras, ni estaba él más caído contra su tocón de árbol que yo contra el mío, dándome gusto con manos que ya no eran yo, que eran de ella: los deleites con los que me colmó, que me dio ella en persona, desde luego, en cierto sentido, pues estoy seguro de que sucedía a sabiendas suyas, son los más virulentos que hayan cruzado nunca por mí. En otras ocasiones, no venía.

Yo no regresaba hasta que era casi de noche. Al ir bajando por entre los nogales, veía allá arriba el pueblo de Valaquia, de Périgord; la escuela alargada, encaramada desde los tiempos de los Jules, donde dormía el arsenal; la panoplia de hombres antiguos que pasaron deseo en los bosques; y la iglesia, algo más abajo, y dentro el niño Jean-Gabriel, que deseó que lo sometieran al suplicio en el río Amarillo, que lo consiguió y era beato; y la hostería eterna. Las ramas y la lluvia se abalanzaban contra el cristal de la ventana. Un hervidor cantaba, el filtro de la cafetera humeaba. Yo estaba empapado, pero hervía en aquella agua. Me sentaba, estupefacto, bajo el zorro familiar; había unos cuantos bebiendo, con los chubasqueros de hule soltando vaho; unos cuantos barqueros que, a golpe de tragos largos de cerveza, sin despegarse de la barra se trasladaban al otro lado, a la orilla de enfrente que se parece a ésta, donde hay las mismas personas, pero que es más mullida, más cálida, más vibrante; Jean el Pescador no estaba –por lo demás, no vivía aquí y no venía a diario–; lo habían visto irse antes de amanecer, a pescar anguillas, o a saber qué; hizo un guiño, dándose media vuelta, se esfumó con las nasas y la red de malla cuadrada al hombro, camino del Beune chico. Hélène me servía aquel jamón suyo perpetuo y aquellos patés de mosquetero; mi deseo no había mermado; me pesaba

en el vientre mientras comía. Fantaseaba, me pasaba de la raya. Me imaginaba, en la sala color sangre de toro que olía a colillas, a tonel, a salitre, que se habían ido todos los bebedores hacia la noche oscura a la que nadie se resiste, y la estanquera, sucumbiendo en el acto a aquella llamada, se sentaba en la cama y se echaba por los hombros la gabardina para acudir, torciéndose los tobillos con los tacones altos, la reina, entraba como el viento, se abría la gabardina con ambas manos trémulas y, sólo a disposición mía bajo la mirada reflexiva de Hélène, detrás de la barra, arrojada desnuda sobre las mesas manchadas, sobre el billar automático apagado, sacudía los discos de oro, dejaba perdida la mirada en blanco, en todas las posturas, en fin, en que pudiera saberse más de su pelo de ala de cuervo, de sus muslos de horchata, de sus nalgas de nácar, gozando inmoderadamente bajo un zorro, y sus chillidos de osífraga cayendo, rodando barranco abajo, asombrando a los cazadores furtivos en cuclillas a la orilla del Beune. Yo le sacaba las tripas. Hélène despejaba la mesa, pensativa, y, con el brazo grueso y colmado de elegancia, la limpiaba. Yo pensaba en lo que hubo antaño bajo aquellos harapos hermosos: a ella no parecía importarle que ya no quedase nada; quizá se había librado de aquella hinchazón, de aquella quemadura que arroja a las más jóvenes hacia el drama de la noche, las envilece y las consagra, les hace perderse de placer a gatas y, a gatas también, y apenas con menos gritos, perderse otras veces de dolor, de duelo, de miseria. La carne muerta de Hélène era radiante. Porque esa carne suya ya no era ella, pero en otro lugar, desprendida, libre de ella, su carne estaba pescando anguilas en el Beune chico, o, de codos en otra taberna en SaintAmand-le-Petit, dejaba chafados a los bebedores con sus hazañas al echar la red, con el retel, con su labia, con su aguda astucia tan antigua y sus apaños con cabos de hilo y plomo, que no lo eran menos; su carne deambulaba lejos de ella llevando, echado al hombro, un morral repleto de morralla, de Gitanes liados en papel de maíz, de cebos; se detenía, a pie firme, ante el río y azotaba el agua oscura con nailon claro y con moscas niqueladas; la carne de Hélène era el mejor pescador del cantón y quizá del distrito. Era la madre de Jean el Pescador y eso ahora le bastaba, era algo que seguiría con los talones afianzados junto al agua, acechando, echando pestes, regocijándose, hundiendo el anzuelo, descubriendo brutalmente las escamas de nácar en la luz brillante, cuando ella fuera ya papilla bajo la tierra de Castelnau, junto a la iglesia. Me hablaba un poco, me miraba mucho entre los párpados maliciosos y hacía como que me escuchaba, estaba al tanto seguramente, aunque no estuviera al tanto de que mi deseo se

llamaba concretamente Yvonne y vendía Marlboro. Así que por un momento las veía a ambas, a la ausente y a ésta, a la calipigia y a la adivinadora, pero inmemoriales las dos cada una a su manera. Me iba de la sala color sangre de toro, de la caverna con sus madres, sus hijos, sus compañeros de tractor de cuyas libaciones surgen hermanos y su suma calipigia allí importunada, metiendo la cintura, prestando a todo aquello meta y pasión, desmedida, invisible. Los padres cazan en el más allá. Me acostaba, la luna entraba por un instante en mi cuarto y, a gran distancia, en unos claros perdidos, acariciaba unos sílex que nadie ve; la lluvia, más enconada, los enterraba. Hay puertas que se cierran de golpe en la noche negra; el sexo encapirotado de los perros se estremece, y gruñen. Me quedaba dormido encima de mujeres que empujan esas puertas y entran en unos pajares. Jean el Pescador coge una carpa.

Y por la mañana estaba la escuela, la ronda de los piececitos. Estaba la escritura que se aprende llorando, la frase y la ortografía, sin saber –no se sabrá nunca por lo demás– que más adelante, cuando las trencitas sean pelo de ala de cuervo, cuando los pantalones sean largos incluso en pleno verano, entonces no quedará ya más que la escritura con todos sus efectos, las máquinas y las ofertas de empleo, las motocicletas arregladas y las escopetas de caza, los guateques y el cine en Périgueux, ya sólo habrá eso entre vosotros y lo que os crece en el vientre; o, para las trencitas, entre vosotras y lo que os hiende el vientre y crece al revés. Los piececitos se movían, los ojos me miraban muy abiertos. Las rodillas eran diligentes bajo las mesas, las manos escribían. Los calígrafos de los Jules velaban por detrás, con la buena letra de su mano primorosa, y también las otras manos, fervientes y precisas, que, escama a escama, tallaron pacientemente los lenguados achelenses, los arpones para ir de pesca, para escribir en el agua; y estaba yo, que seguía adelante; yo, serio como si tuviera una barbita puntiaguda, que les enseñaba la ortografía, con su gola rizada, sus abotonaduras de ajustes exuberantes, sus perifollos y su fibula, pero que, no bien se iban ellos al patio cubierto, detrás de la lluvia, desnudaba y abría a una mujer muy blanca que les vendía piruletas y les sonreía, que era la mamá de uno de ellos. Sí, tenía en mi clase algo que se le parecía, que tenía sus ojos claros bajo los párpados carnosos y el pelo de tinta, pero no los pechos, ni las nalgas, por no mencionar los discos de oro, y que, en consecuencia, no se le parecía en absoluto: era Bernard, su hijo, que tenía siete años y cuya carne, supernumeraria, no le valía de gran cosa a ella, porque tenía una carne de su pertenencia, mucho más impetuosa y densa que aquellos treinta kilos de siete

años. Existía, pues, entre ella y yo otra mediación además de los cigarrillos y de los pasmos fabulosos que me proporcionaban los bosques por donde aparecía ella, otra moneda además de aquellos encuentros trucados, rabiosos, corteses; era aquel niño.

Llegó noviembre y no dejaba de llover. El Beune iba crecido, sumergía los caminos de pescadores. Pasaron unas grullas, muy bajas, y allí estábamos todos, en el patio del colegio, con las caras chorreando y echadas hacia atrás, mirando aquella uve grande que chillaba sobre el fondo de un blanco denso de las nubes y rastrillaba el cielo despacio como una red sacada del Beune; un labriego mató a una, rezagada y cansada, que se posó cerca del agua, y la vi por la noche, en la hostería de Hélène, encima de la barra entre los vasos grandes con espuma. No se le veía la herida; el cuello blanco colgaba hacia fuera, alargaba el pico como cuando volaba estirando el cuello. Unos hombres con chubasqueros de hule chorreando le hundían los dedos en las plumas y sobaban la grulla muerta. No la diseccionaron, a la gente ya no le gustan esas cosas.

Pasaban grullas y mis alumnos aprendían a conjugar. Por esos mismos días, subí una mañana a mi Gólgota pequeño deseando que Yvonne llevase un vestido que le había visto la víspera y, en el pelo, esas dos peinetas grandes que yo prefería y le dejaban al aire las mejillas, de forma tal que se brindaba más el leve abotagamiento con que la barbilla se curvaba hacia el cuello. Había gente en el estanco, hombres con el traje de los domingos que habían venido de las aldeas para reponer los paquetes de picadura y comadres del pueblo que espigaban después de misa con qué alimentar la maledicencia, con qué sobrevivir. Tras todos esos hombros envarados, enfundados en trajes o en vestidos de felpa, Yvonne despachaba, bienhumorada y dadivosa como solía. Llevaba las peinetas, llevaba el vestido; su cara, mayor que nunca, me desposeía, me transportaba al colmo de la felicidad. Llegó un hombre que pasó, tan desahogado, por delante de toda aquella gente y, apoyándose en el mostrador, se inclinó apenas hacia Yvonne; le dijo unas pocas palabras que yo estaba demasiado alejado para poder oír; me pareció, por lo demás, que hablaba a media voz. Yo le veía, más abajo de la nuca despejada, el terno, cuyo corte no era demasiado bueno, pero que le sentaba bien en los hombros un poco caídos, y, a ambos lados del cuerpo, unas manos bastante delicadas, apoyadas en el expositor grande de plástico donde estaban los mecheros. Yvonne lo miraba. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a ella, tan bienhumorada hacía un rato, tan altanera y tan expansiva, le había cambiado la cara. ¿Cambiado? No es que se retrajese, que dejara de dar;